

MADRID

ALBUM DE SEÑORITAS

Y

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

La madre de los Macabeos.

Desde la salida de Egipto hasta la venida del Mesías, nunca fué tan perseguido el pueblo judío y su religion como en el reinado de Antioco. Tomó por asalto á Jerusalem, hizo degollar ó vender ochenta mil de sus pobladores, sin distincion de sexo ni edad, y profanó su templo. Cargado de riquezas, volvió á Antioquia, dejando para oprimir á los judíos hombres mas avaros y crueles que él.

Pero la sangre de los pueblos oprimidos es fértil en héroes. Débiles mujeres fueron precipitadas con sus hijos desde las murallas por preferir la muerte á la apostasia, y quemados innumerables judíos en las mismas cavernas en que se habian ocultado para honrar el domingo con ejercicios religiosos. Cuando no fuera la desesperacion de los tiranos, la conviccion y la conciencia del deber consolaria á los mártires.

Pero entre tantos rasgos de valor co-

mo entonces ofreció la nacion judía, ninguno tan admirable como el de la madre de los Macabeos. Mujer de rara constancia, miró tranquila y serena la muerte, sostuvo el valor de sus siete hijos, á quienes vió espirar en medio de los mas atroces tormentos, y los sufrió á su vez, mostrando á los siglos hasta qué punto puede engrandecer á una madre el amor de la religion y de la patria.

Antioco se propuso incorporar á la Siria la Judea. Con el fin de afirmar la union de ambos Estados, intentó borrar toda diferencia de costumbres, de leyes y de religion, operando así una fusion completa entre ambos pueblos. Pero para tan árdua empresa era necesario génio y tiempo, y faltaba lo primero al tirano, que no queria esperar lo segundo. Echó, pues, mano del rigor, ofreciendo gracias á los que abrazasen el paganismo.

Condujéronle un dia á su presencia una mujer con siete hijos, acusada, y éstos, de fervor religioso. Era nuestra heroína. Invitóles el rey á faltar á los preceptos de su fé, comiendo carnes que su religion prohibia, y el mayor de los hermanos le dijo: «Es inútil tu empeño; pronto estamos á morir antes que faltar á la

ley de Dios y de la patria!» Dios y patria! no ha oído el hombre palabras mas enérgicas, ni su corazón ama cosas mas nobles. Los pueblos, como los individuos, se despiertan, se conmueven, y pelean al nombre mágico de religión é independencia. Rios de sangre han corrido por objetos tan caros, y si en siglos anteriores el altar y el hogar aparecen como dos puntos brillantes en que convergen los movimientos instintivos y los libres esfuerzos de todas las generaciones, en los tiempos presentes fijan las miradas de todos los hombres, á pesar de su materialismo, y los futuros tambien vendrán á ofrecerles el tributo de su respeto.

A la respuesta del jóven Macabeo, Antioco, irritado, le hizo cortar la lengua, piés y manos, y arrojar en una caldera hirviendo. Su madre y hermanos, á vista de tan horroroso espectáculo, se exhortaron mutuamente á morir con valor, diciendo: «Dios, nuestro Señor, que vé la justicia de nuestra causa, se gozará en nuestra lealtad, como Moisés lo anuncia en su cántico.»

Muerto el primer hermano, se hizo al segundo igual invitacion. Negóse tambien, y antes de morir, «Cruel verdugo, dijo al déspota, tú nos quitas la vida, pero Dios nos dará la eterna, porque morimos en honra de su ley.» En efecto, la muerte solo es un cambio en nuestro modo de ser. La paz que reina en los sepulcros, no es el espantoso silencio de la nada; es un sueño temporal. La losa funeraria cubre las ruinas imperecederas de un edificio demolido, que se alzarà al soplo divino, bajo las proporciones de su antiguo plan. La vida es muy corta, sin duda, y el placer y el dolor no están en ella tan bien compartidos, que la muerte destru-

ya lo mismo las esperanzas de la virtud que los temores del crimen. El que supo darnos la vida bien podrá reconstruir su obra.

Llegó su turno al tercero de sus hijos. Presentóle su madre, y al entregarse á los ejecutores, dijo con entereza: «Yo he recibido estos miembros del Cielo, y los entrego en honor de la ley divina, esperando que Dios me les devolverá.» Asombrado el rey de tanta impasibilidad, é inútiles sus escitaciones, continuó el martirio, y su admiracion con el cuarto de los jóvenes, de quien oyó las palabras siguientes. «Es una felicidad para nosotros morir á manos de los hombres, porque Dios nos resucitará. En cuanto á tí, no será muy dichosa tu resurreccion.» Dijole el quinto: «Obras arbitrariamente porque tienes el poder. No pienses, sin embargo, que Dios nos ha abandonado; aguarda, y verás su grandeza, y cómo te atormenta y á tu raza;» y se cumplió la amenaza del mártir, porque Antioco tuvo un fin miserable, y su raza se extinguió en su hijo Eupator, muerto por sus propios soldados al segundo año de su reinado.

Reuniendo el sexto la humildad al valor, reconoció en las calamidades que sufrían los judíos la justa pena de las faltas pasadas. Pero al mismo tiempo anunció al tirano que no quedaria impune la guerra que había movido contra el Señor. El Cielo permite los males, libres efectos de la perversidad humana, en castigo de los pecados de los pueblos; pero cuando ha llegado la hora del arrepentimiento, no deja sin su merecido los crímenes de los que han venido á ser instrumento de su venganza.

En tanto esa madre desgraciada, digna

de admiracion eterna, veía desaparecer á sus hijos en medio de los mas atroces tormentos, sin que su corazon se debilitase. Temiendo intrépida que uno solo se librara del triunfo en el Cielo, les exhortaba animosa con el valor de varon, con la ternura de madre. «Aunque os habeis formado en mi seno, les decia, yo no os he dado la vida, es el Creador del universo el que os ha dado el sér, y que os volverá, en su misericordia infinita, la vida que ahora sacrificais en defensa de sus leyes.» Así esta madre religiosa y heroica fijaba en Dios el pensamiento de sus hijos, único pensamiento capaz de sostenerlos en tan doloroso trance.

Humillado Antíoco, en vano prometió al hijo que quedaba honores y riquezas, si apostataba de su fé y de su patria. Firme, á pesar de sus pocos años, recurrió el rey á su madre, que lejos de disuadirle, aumentó su valor, excitándole á imitar el ejemplo de sus hermanos. Imítote dignamente, y presentándose á su vez la madre, «¿qué aguardas?» le dijo al tirano, asombrado de tanto heroismo. Y murió como sus hijos, fortalecida con el auxilio divino.

No por esto consiguió el monarca de Siria su intento. Tan bárbaro suplicio exasperó á los oprimidos, y alzándose, por vengarle, consiguieron repetidas victorias. Y Antíoco murió en breve, atormentado de dolores, á resultas de una caída de su carro.

Los Crisóstomos, los Ambrosios y los Agustinos, han celebrado debidamente la intrepidez y la fé de los Macabeos; la Iglesia ha erigido templos en honor de tan ilustres mártires, y les ha hecho lugar en sus oficios. Sus restos descansan en Roma.

El martirio de los Macabeos tuvo una grande influencia en la propagacion del cristianismo, infundiendo valor á sus perseguidos secuaces.

Esta página brillante de la Historia Sagrada, este bello asunto de la Biblia, tratado hábilmente por el historiador Josefo, tambien ha inspirado á las artes, perpetuándole en el lienzo el inmortal Rafael.

A. Pirala.

LITERATURA.

A Malilde.

Al verde tallo sujeta
y por el aura mecida,
yo vi la rosa encendida
que orgullo del campo fué.
Y vi la tímida viola
oculta y abandonada,
y su esencia regalada
enamorado aspiré.

Y escuché el eco lejano
de la tórtola sentida,
que entre el ramaje escondida
daba al viento su cancion.

Y cuando brilla serena
la luna en el firmamento,
del ruseñor el acento
resonó en mi corazon.

Y vi al celaje mecerse
en el limpio firmamento,
y á merced del manso viento
inconstante variar.

Y de la verde palmera
las bellas ramas erguidas
por el aura combatidas
miré gentiles cimbrar.

Pero yo te ví, Matilde,
cual la rosa en hermosura,
como la violeta pura,
como la palma gentil,

Sensible como la tórtola,
como el ruiseñor amante,
como la nube inconstante,
y mas galana que Abril.

¡Ah! no es mucho que te amára
si solo tu rostro encierra
mas bellezas que en la tierra
separadas admiré,

Ni estrañes diese al olvido
aves, celajes y flores,
si otros encantos mejores
en tu cariño encontré.

Porque en tí admira reunidos
mi amoroso pensamiento,
de la tórtola el acento,
y de la rosa el color.

De la violeta el aroma,
de las nubes la inconstancia,
de la palma la elegancia
y el eco del ruiseñor.

J. A. Viedma.

UN MOMENTO LUCIDO.

NOVELA MORAL.

I.

La confianza.

Un silencio profundo reinaba en uno de los grandes y antiguos palacios que rodean la plaza Real de Paris; y aunque eran ya mas de las doce de la noche, las luces que brillaban á través de casi todas las ventanas del primer piso indicaban que los habitantes de este palacio no se habian entregado aun al descanso. En efecto, era así. En la antecámara, dos lacayos jugaban á los naipes;

en el salon inmediato tres doncellas conversaban, apoyados los piés en los hierros de la chimenea, y en la habitacion interior, á la que no se llegaba hasta haber atravesado una pieza de recibo, iluminada tambien, pero solitaria, pasaba el drama, causa de que nadie se acostase aquella noche en el palacio de Tingri.

En un magnifico lecho de forma antigua estaba espirando una mujer anciana. Una jóven de diez y seis años se hallaba de pié al lado de la cabecera, sosteniendo sus manos, lividas ya, y pareciendo espiar en sus ojos estinguidos el último resto de vida, el rayo postrero de esperanza.

Enfrente, y bastante lejos del lecho, porque esta habitacion (como todas las de los palacios de aquel tiempo) era inmensa, enfrente, digo, una jóven que llevaba el hábito blanco de las novicias, estaba dormida al pié de un gran Crucifijo, delante del cual habia orado sin duda largo tiempo antes de sucumbir al sueño.

Cuando el antiguo reloj, clavado en la pared del aposento, dió las doce, la anciana moribunda abrió los ojos, y percibiendo á la jóven que velaba, exclamó:

—Eres tú, Coraly!

Esta frase, aunque tan sencilla, admiró de tal modo á la que acababan de nombrar, que no pudo contener un grito de sorpresa, que hizo brillar una débil sonrisa sobre los pálidos lábios de la moribunda.

—No es Elena la que está dormida al pié del Crucifijo? preguntó de nuevo la enferma.

—Si, señora, respondió Coraly, mas y mas admirada.

—Dónde está mi vieja Agatha?

—En el salon, respondió Coraly, cuya sorpresa era inesplicable.

—Y Antonita, la muchacha de servicio, y la señora Gros-Jean, la cocinera? y Baptista, mi cochero? y Pedro, mi lacayo de á

pie?—Coraly estupefacta no respondia; la enferma continuó.—¿Te admiras, es verdad, hija mia? me oyes hablar, y sin embargo dudas: si, soy yo, yo, la marquesa de Tingri, loca desde que perdí á mi hijo... pero mi Coraly, mi hija de adopción, ¿no has oído decir alguna vez que en el momento de la muerte los ciegos recobran la vista y los locos la razón?... Pues bien, hé aquí mi historia... ¡y sin duda el momento de comparecer ante Dios ha llegado ya!... Oyeme, hija mia... pero como lo que voy á revelarte no debe de tener mas testigos que Dios y tú, vé, asegúrate de que nadie nos escucha, y de que Elena está profundamente dormida.

Mas bien fascinada que tranquilizada por estas palabras, Coraly obedeció. Fué á la puerta, levantó el cortinaje que la cubria, y lo dejó caer de nuevo; pasó cerca de Elena, la tocó la frente, mas todo esto con el aire de una persona que ejecuta una comision sin comprenderla; despues vino dócilmente á ocupar su puesto á la cabecera de la moribunda.

—Mi pobre niña, mi pobre sobrina, la hija de mi hermana querida, dijo la marquesa sentándose en la cama para hablar con mas comodidad; yo voy á morir! voy á morir, y mi muerte te dejará sin recurso!... calla!... no me interrumpas, no! ¿sé yo acaso el tiempo que Dios me concederá todavía?... mi fortuna corresponde de derecho á mis nietos Emilio y Augusto: ambos ayudantes de campo del Principe de Joinville, están con él, bastante lejos... si se hallasen aquí, seguramente no se negarian á la súplica de su abuela moribunda... pero no están... pero yo estoy loca... ¡loca! ¡Dios mio! y ninguna disposicion mia sería válida... sin embargo, yo no puedo dejarte sin fortuna... á tí, que no tienes padre, que no tienes madre, á tí, pobre huérfana y sobrina mia... yo no puedo dejar tu suerte á la ca-

prichosa merced de dos jóvenes que ni yo eduqué, ni apenas conozco... que pueden haber heredado mi corazón, ó que pueden haberlo corrompido tal vez con el comercio del mundo!... No, hé aquí lo que yo he hecho... pero antes házme un favor, hija mia; ¿tienes tú la llave de mi naveta?

—Si, querida tia, dijo Coraly, que aunque escuchaba con atencion á la marquesa no cesaba de contemplarla como uno que duda de lo que vé y de lo que oye.

—Abrela, pues.

Coraly la abrió; la marquesa, que la seguia con los ojos inquietos, dijo entonces:

—A tu izquierda hay un cajoncito... sácalo... todo, todo, bien! mete tu mano en el intervalo que ha dejado el cajoncito... hallas alguna cosa?

—Esto, tia mia, dijo Coraly sacando una cartera encarnada bastante pequena.

—Tráela.

—Tomadla, dijo Coraly.

La marquesa cogió la cartera; sus manos temblaban, y una especie de convulsion agitaba su cuerpo; la abrió al fin, y un gran número de billetes de banco se esparcieron confusamente sobre la cama.

—Recógelos y cuéntalos, dijo la marquesa con una voz que se debilitaba por momentos.

—Son ciento, dijo Coraly despues de contarlos.

—Bien; guárdalos otra vez en la cartera... ¡No!... guarda la cartera, y escúchame (era fácil conocer que la marquesa estaba desfallecida, pero su razón estaba completamente despejada)... Este dinero proviene de una pequena hacienda que yo poseia en Beauce, la que he vendido ¡ara tí, para conservar tu existencia tranquila despues de mi muerte... porque, pobre niña... ¿qué vá á ser de tí cuando quedes sola en el mundo?... Nadie sabé de esta suma... hace ya

largo tiempo que la tengo guardada en este sitio, antes de la desgracia que me hizo perder la razon; tómalala, pobre niña, guárdala, yo te la doy, ocúltala, y calla.

Coraly espantada dió un paso atrás.

—Lo habeis pensado bien, tia mia? ¡ah! vos sois demasiado buena, yo os amo... pero no puedo aceptar; vuestra fortuna pertenece á vuestros hijos; pero no hablemos mas sobre esto, añadió en tono suplicante, perdiéndoos, despues de haber perdido ya un padre y una madre, no quiero esponerme á semejante dolor... vos veis el hábito de Elena, será el mio tambien... mis primos creo no me rehusarán lo que sea necesario para entrar en el convento de Oiseaux... allí, mi querida tia, en el silencio del trabajo, en el recogimiento de la oracion... pensaré en vos, y bendeciré vuestra memoria, como os bendigo ahora, porque habeis alejado los pesares que rodeaban mi cuna... Oh! callad! prosiguió la jóven cerrando con su frente encantadora los labios de la moribunda... Callad! estos cien mil francos yo no podria ocultarlos, ¿no es verdad? y vos no deseareis que se diga que vuestra sobrina se ha aprovechado de un momento lúcido, en el que habeis recobrado vuestra adorable bondad, para aceptar de vos un dón secreto: no! no!...

—Y qué! el momento lúcido que Dios me envia, quiéres que sea perdido para tí, jóven insensata? exclamó la marquesa, á quien el dolor parecia prestar una nueva vida.

—No lo es, no, pues que vuestro amor se revela en él con tanto interés; no lo es, que me prueba todo el cariño que me profesais, se apresuró á responder Coraly.

—Interés impotente como mi voluntad! exclamó la marquesa cayendo desconsolada y desfallecida sobre su almohadon.

—Y bien! mañana, tia mia, dijo Coraly con ardor... mañana consultareis con vues-

tro confesor; reuniriés las personas de casa, y...

—Ahora... ahora... ahora, gritó la marquesa con tanta exaltacion, que Coraly, creyendo que la locura volvía otra vez, despertó á Elena, que llegó inmediatamente.

—Ahora! repitió de nuevo la marquesa.

—Ahora! sea; dijo Coraly saliendo del salon. Elena se quedó soia con la marquesa.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

ABRIL.

Por mas que el variable Marzo anuncie oficialmente en el calendario la aparicion de la risueña Primavera, puede decirse que ésta no principia hasta mediados de Abril, y algunos años aún mas tarde, por lo que, en la duda de cuando empieza su reinado, no se debe aligerar totalmente el abrigo; no basta que lleguen las flores, no basta que reverdezcan los campos y los árboles para estar seguros de que ha llegado la Primavera; es preciso que haga calor todos los días, y que no haya escarchas ó nieblas: la precipitacion en saludarla suele acarrear perniciosos resultados.

En general el mes de Abril nos ofrece unas hermosas mañanas, que parecen convidarnos al paseo, pero al paseo filosófico, solitario é higiénico, al verdadero paseo. La Fuente Castellana, el Retiro, la Florida y la Montaña del Principe Pio, son los puntos que la costumbre ha designado en Madrid para este ejercicio, en que se apetece respirar un aire puro, diferente del que reina en el Prado por la tarde, donde solo hay apretones, humedad, chismografía, coquetaria, y otras lindezas que constituyen el elemento de los pollos de ambos sexos, y el

martirio de la persona sensata que por un error vá á pasear á aquel sitio.

Os aconsejo, queridas lectoras, que madrugueis en Abril, y despues de tomar la leche vayais á disfrutar del que os he designado como verdadero paseo: para ello no teneis que ataviaros ni pensar en la Moda; cuanto mas sencillas, pareceréis mas hermosas; salid al campo, y admirareis el sorprendente espectáculo que os ofrece la naturaleza: los pájaros trinan y gorjean, las áuras se sonrien, y las flores os llaman: corred á recibir las, salid al campo á su encuentro.

En el mes de Abril se recogen los *moserñones*, especie de setas pequeñas, sumamente gustosas, que se dejan secar al sol, y sirven para multitud de guisos de verano.

Por este mes principia á guardarse la ropa de grande abrigo, cuidando de hacerlo con las debidas precauciones, si son piezas de merino ó paño, á fin de preservarlas de la *polilla*. Varios son los métodos conocidos para ello, y aun cuando creo que pocos verdaderos, sin embargo es bueno echar entre la ropa pimienta en grano ó pulverizada, alcanfor ó almizele; en general toda materia muy olorosa sirve al efecto; pero, como ya he dicho, juzgo inútiles todas las precauciones si no se cuida de sacar al aire á menudo durante el verano toda la ropa de lana y limpiarla bien el polvo que pueda tener; lo demas no sirve para otra cosa que para evitar las consecuencias de descuidarla algun tiempo.

En las casas de mucha familia, y en los países donde por la crudeza del invierno no ha sido posible lavar la ropa con la debida perfeccion en los meses de Diciembre á Marzo, es conveniente hacer en Abril grandes coladas; en este mes las aguas son mejores, y las lejías tienen mayor fuerza; por manera, que puede ganarse lo perdido,

y la ropa del uso interior, cuya mayor blancura muestra la pulurez, buen gusto é inteligencia del ama de la casa, quedará dispuesta á servir otro año, aun cuando las demas coladas no sean buenas.

Estas observaciones, que al parecer frívolas, harán reir á varias jóvenes de esas que se titulan elegantes, cuya buena educacion creen se funda en saber montar, hablar el francés, ignorar el castellano, pintar, cantar, etc.; son las que debe apreciar toda madre de familia que quiera dar una buena direccion á sus hijas, á quienes al lado de las clases de adorno enseñe á coser, bordar, planchar, guisar y otras cosas mas de utilidad que de recreo.

Terminado el arreglo de la casa, podeis dedicaros, niñas, á consultar los figurines y artículos de Modas con que tratamos de distraeros mensualmente; y si algun vestido del verano anterior puede modificarse para el presente, ocuparos en arreglarle, que ya es tiempo de ello. Si dudais de mis consejos, leed este artículo á mamá, y tomad de él lo que ella os recomiende, desechando lo que no juzgue del caso, que presumo será poco.

Emilio de Tamarit.

MODAS.

Los astrólogos y las modistas andaban desconcertados con la prolongacion del invierno: aquellos porque los astros, no procediendo con regularidad, engañaban las previsiones de la ciencia, y éstas porque las elegantes, envueltas todavía en terciopelo y pieles, se retraian de preparar sus lindos y graciosos trajes de primavera.

La suave temperatura de los primeros días de Abril ha puesto fin á esta calamidad, y

devuelto la animacion y la concurrencia á los antes desiertos paseos. Como la transicion ha sido tan repentina, apenas, y solo como entre celajes, se divisa la moda nueva, y lo que hemos visto, mas que como una muestra, puede considerarse como una idea de lo que se llevará cuando el tiempo se fije.

Por de pronto en cuanto á hechuras nada hay positivamente resuelto: se llevan cuerpos redondos, cuerpos con aldeta, y cuerpos á la puritana. Se afirma, sin embargo, que los cuerpos cerrados y las mangas de farol será la forma preferida. Algunas modistas principian á introducir esta clase de mangas, y son muy bien admitidas. Es verdad que en nada se parecen á las que se llamaban así anteriormente. Las mangas actuales, siendo como aquellas, muy anchas y muy huecas de arriba, no son estrechas ni ajustadas á la muñeca: representan por el contrario, un ancho volante fruncido en el codo, que cae sobre la manga de muselina.

Los volantes continúan reinando, como moda muy española: cuando son solamente tres, se les guarnece de un terciopelo ó de una cinta plegada: si son mas de tres, se llevan picados. Hay muchas elegantes que prefieren á los volantes las rayas albanesas, y en las telas lisas, como tafetanes, groses y granadinas, que es la tela de la estacion, estas listas son de terciopelo, tanto en negro como en color: algunas cubren toda la falda, siendo su ancho progresivo, y este género, de tan buen efecto, aunque no consiga estar en mayoría, será el mas distinguido en los principios de la estacion.

La forma de los sombreros es tan estrechamente pequeña, que mas que sombreros parecen prendidos ó gorras. El interior del ala está adornado profusamente de flores de la estacion.

Esperando las de paja las capotas de blonda negra, son las mas llevadas: la blon-

da se escalona por volantes, que caen los unos sobre los otros: debajo de cada volante hay un ancho bias de mñaré violeta ó azul, que hace resaltar la riqueza de los dibujos. Sobre el bavolet ondea un lazo de cinta del núm. 4. El interior es adornado de clavelinas azules ó de violetas, y un rizado de cinta de uno de estos dos colores guarnece el borde del ala.

Aurora.

Explicacion del grabado.

NUM. 1. Este dibujo es uno de los mas elegantes y distinguidos que se pueden elegir para guarnicion de mangas, peñadores, canesús, gorras y otros muchos objetos. Bordado en muselina, es tan rico como un encaje, y mas á propósito para señoritas, sobre todo si es obra suya.

El punto de Venecia, que es su principal bordado, vuelve á estar muy en favor en el dia, y se enriquece con calados, molinetes, y sobre todo acompañándolo con el pasado y realce.

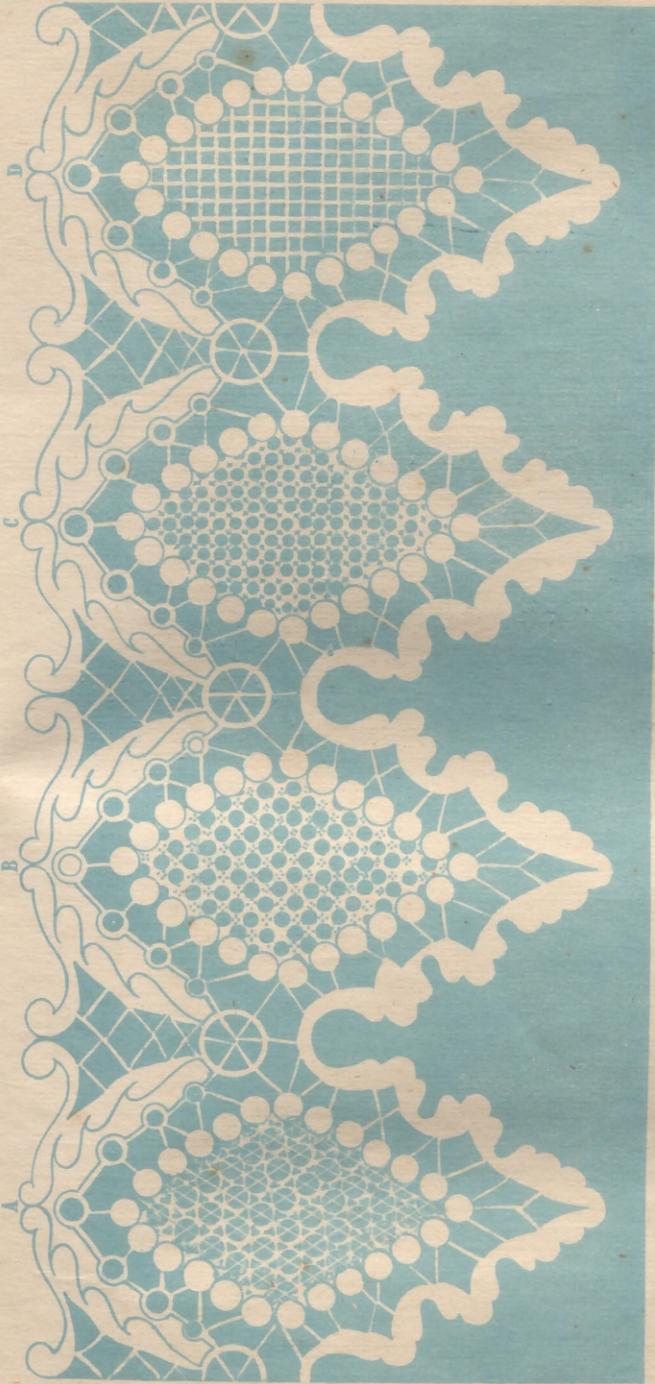
El punto de Venecia se ejecuta al feston, principiándose por un trazado bien hecho y sostenido, porque de esta preparacion depende toda la solidez de este bordado.

Concluidas todas las líneas ó trazos ejecutados al feston, y estándolo tambien los adyacentes al pasado y molinetes, se corta la muselina que queda entre los puntos del feston, como lo indica el dibujo, y se quita la labor del bastidor para hacer á mano sus cuatro lindos calados, cuyos detalles de ejecucion daremos en otro número.

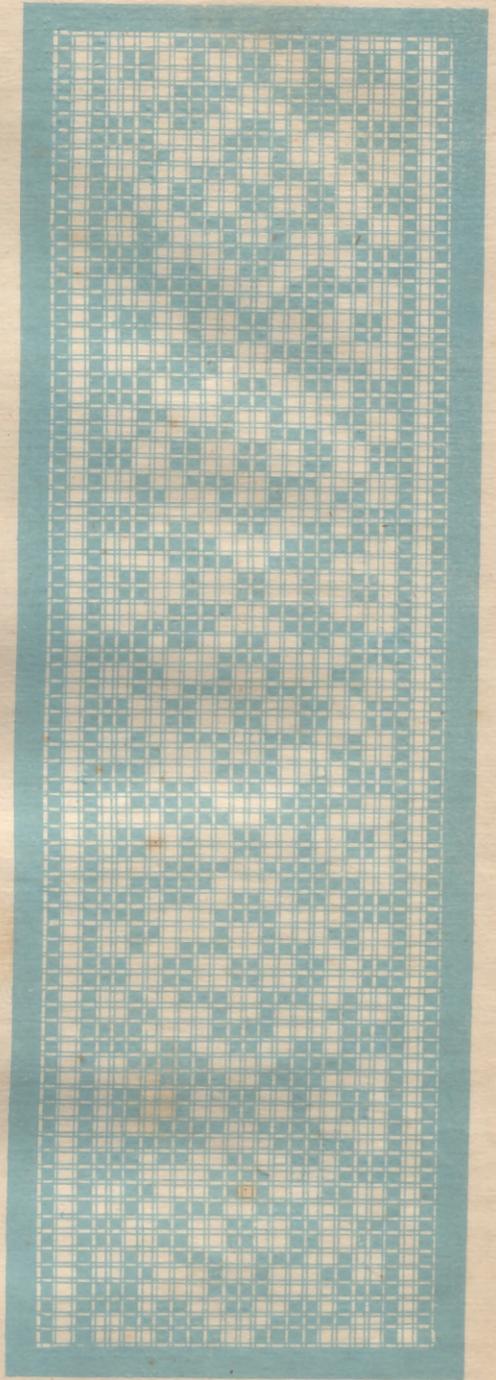
NUM. 2. *Esta tira*, ejecutada á *crochet*, es á propósito para cenefas de almohadones, banquetas y otros objetos. Como todos los dibujos de su clase, puede servir para bordar en tapicería, y ejecutada en canamazo de seda es muy linda para tirantes, ó tiradores de campanilla.

NUM. 3. *Dibujo de guarnicion* para ejecutarse á gancho (*crochet*); tambien puede servir para bordar en punto de Venecia.

1



2



3



Nº 13. Abril de 1853

ALBUM DE SEÑORITAS Y CORREO DE LA MODA

Concepcion Geronima nº 1. Lit. de Francisco Castelló.



SGCB2021

